



Detalle de la fachada del Cabildo

La existencia de Buenos Aires, desde sus primeros días, viene desarrollándose entre esas dos circunstancias ineludibles que son la pampa y el río. La inesperada aparición del caserío conquistador que osó interrumpir —y de hecho interrumpió— un diálogo secular, la ciudad insólita y mayúscula lo acrecentó después hasta convertirlo en prolongado silencio. Pampa y río no acallaron su protesta; incansables golpearon con su grito primario y elemental los costados de la ciudad. Cada uno, desde el flanco que enfrentaba, pugnó por marcarla con su impronta. Y Buenos Aires, arcilla dócil o indiferente, se vio señalada, sin sentirlo casi, por ambos lados de ese paréntesis en el que se encerró inconsciente, mientras huía en una rebelde y solitaria fuga vertical, desentendiéndose de todo lo que no fuera ella misma. Pero en estos "tira y afloja" todos quedan señalados; nadie escapa sin alguna huella del forcejeo. La ciudad, la llanura y el río se penetran y forjan entre los tres —la están forjando aún— una nueva entidad que no es ni aquella ciudad, ni aquel río, ni aquella llanura. Y sin embargo es —o aspira a ser— los tres a una.

Cada palmo de su crecimiento lo afirmó Buenos

Aires con un zarpazo que aplicó sin piedad al cinturón del llano colindante y un hundir de dedos ávidos en el fondo cenagoso del río. Así, río y llanura, que nutrieron al fin con callada —y resignada— generosidad el gigantesco desarrollo de la urbe, se vieron despojados y apartados en forma simultánea de la ciudad que alimentaron. Cada día más lejos de ella, física y espiritualmente, padeciendo pareja ingratitud. Hoy, Buenos Aires, madura en años y en historia, es decir, en viscosidades de toda índole —felices e infelices, sin eximir las más dolorosas experiencias— parece empezar a sentir un cierto cansancio y algún remordimiento que se traduce en una nostalgia que la lleva a añorar esas "ausencias". Inquietud que se manifiesta de muchas maneras en las nuevas generaciones que gustan indagar con pasión su pasado histórico, social, económico, folklórico, sentimental, que tratan de redescubrir en la piel de su ciudad las cicatrices, las viejas marcas —tal vez borrosas, pero nunca perdidas ni desaparecidas del todo— que la vinculan con las fuerzas telúricas de esta encrucijada geográfica en que el destino la ubicó. Marcas que siempre estuvieron presente y, sin ella advertirlo, rigieron de algún modo su camino. En su subsuelo blando, sobre el que nos movemos, quien escuche atentamente, percibirá el mezclado latir de la pampa y del río que la ciudad devoró y que sin embargo, aún vencidos, secretamente gobiernan el ser y el hacer del hombre que la habita. El itinerario de ese misterioso cordón umbilical que une tan varios elementos no es siempre aparente ni fácil de seguir (como que uno de sus extremos se ramifica y pierde en Europa). Quien investigue y observe con minuciosa paciencia la ciudad, hallará restos que son reales testimonios de épocas y circunstancias pretéritas, pero vigentes aún de algún modo si sabemos hallar sus correspondencias actuales.

por LEON TENENBAUM

CARA Y CRUZ



Friso con ángeles (1929). Rincón 559

Tal vez cada uno de estos restos (o grupos de restos) que sobrenadan o sobreviven, puedan ser puntos de partida (o apoyo) para inferir o explicar actitudes existenciales, modalidades psicológicas, ráfagas temperamentales, tendencias e inclinaciones, (y aún las ocultas razones de muchas contradicciones) y ayuden a arrojar alguna luz sobre su resultante, que es el movimiento social e histórico del que somos protagonistas, y que nuestra mínima e intrascendente vida cotidiana va gestando bajo la presión de tantos factores, no del todo claros. Factores que si imponderables por sí mismos, a ellos podemos arribar por caminos indirectos e insospechados, tanto como pueden serlo el estilo de una casa, un árbol, un fragmento arquitectónico o urbano, una escena callejera, un pregón o un mito ciudadano. En esta aproximación serán útiles los infinitos detalles de toda índole que sorprendamos diseminados en la ciudad. Detalles que podemos equiparar a las expresiones inconscientes (**tics**, gestos, ademanes, lapsus) de una persona a través de los cuales podemos atisbar y aun vislumbrar un tanto su hermético interior.

Al alcance de los ojos de quien quiera ver están las líneas de crecimiento de la ciudad; sus perímetros provisorios o parciales que un día parecieron exagerados o infranqueables.

La cerrada mano del conquistador enérgicamente ceñida sobre la empuñadura de la espada dio, no sólo la pauta de su decisión de dominador, sino que parece marcar y trazar el perfil del pequeño y apretado burgo que funda. Es el Fuerte, el encierro, la defensiva. Pero después el afincamiento en la tierra, la amistad con el río, van aflojando la tensión de esos dedos que con los años —siglos— se abren lentamente hasta extenderse con amplitud en la generosa mano abierta que



Relieve del 1900. Caseros 1029

parece perfilar (y prefigurar) por la punta de los dedos el plano de la ciudad moderna y definitiva.

A poco que analizemos la ciudad de hoy, la de ayer y la inicial —pues aunque confusamente entreveradas siguen existiendo las tres— veremos que ofrecen una estructura y desarrollo particulares, que su estudio o análisis admite sin violencias la realidad de una "geología", una "arqueología" y, naturalmente, una "antropología" porteña. (Las comillas tienen por fin hacer menos desmesurado el sentido de estos términos y reducirlos al justo punto que aquí se les quiere dar). Al alcance de los ojos de quien quiera ver están las líneas de crecimiento de la ciudad; sus perímetros provisorios o parciales que un día parecieron exagerados o infranqueables; los fragmentos interpolados o adosados a su maciza unidad primera; las islas urbanas que surgieron distintas (aunque siempre bajo su égida o conjuro) para ir arriándose después a su núcleo; las "tierras de nadie", que han ido comentando, dando cohesión y sentido unitario con su aparente impersonalidad al todo; los barrios europeizantes y los que vinieron, como en un arreo de reseros invisibles desde el fondo de la tierra;

BUENOS AIRES



Torre y mirador de la antigua residencia del Virrey Cisneros. Hipólito Yrigoyen 3420

los que parecen arrancados de lejanos meridianos pero que aquí van disolviendo su exotismo, y los viejos, los antiguos trozos —la Colonia, la "Gran Aldea"— increíblemente pequeños trozos enquistados, defendiéndose heroicamente, soportando asedios sin tregua, mientras aguardan un auxilio, una ayuda que los salve de la definitiva desaparición a que los condenan modernos vándalos, insanablemente ciegos e insensibles.

Si a cada generación le toca por necesidad destruir y sepultar una parte física y espiritual de la vida de la ciudad, no menos imperiosa es la obligación de conservar cierta porción de lo que ante sus ojos está desapareciendo.

La aparente simplicidad del elemental y dilatado damero—dilatado hasta la exageración— en que se ofrece la ciudad de hoy puede llevar, por vía de la fácil tentación de abarcarla toda entera y de una vez, a erróneas interpretaciones. Fragmentar, parcelar ese todo, buscando los secretos puntos de apoyo sobre los que consolidó su estructura; pesquisar a través de mínimos detalles las finas líneas de cristalización física y espiritual (o cultural) —pues que una y otra se sustentan y explican mutuamente— quizás nos ayude a recomponer el escondido rostro de la ciudad, el que se niega obstinadamente a las miradas agresivas, apresuradas o torpes hasta cerrarse a cal y canto en defensa de su autenticidad.

Las severas exigencias de la vida contemporánea que convierten con arte diabólica la sencillez de lo cotidiano en una problemática existencial, hacen difíciles e inaparentes los rastros y señales que, perdidos por todo el ámbito de la ciudad nos ayudarían a recomponer la imagen de ese rostro y, con él, la clave de nosotros mismos.

Como se diluye la dulzura de los rasgos infantiles en el rostro del adolescente y este es borrado y vencido por los firmes trazos del adulto, así la ciudad va mutando y transmutando insensiblemente su faz. Son imágenes que se funden las unas en las otras casi sin solución de continuidad, en un encadenamiento que no tolera pausa ni tiene fin. Cada día hay algo nuevo que se incorpora a la ciudad y algo que irremediablemente ésta pierde. De este último "algo" que se va nos hemos propuesto recoger, en la medida de nues-

CARA Y CRUZ

tras posibilidades, una porción, guardarla como testimonio para quienes nos sigan. Lo sentimos como una obligación generacional. Porque una generación no sólo responde de su tiempo y de sus días creando, también tiene la responsabilidad de lo que hereda. Aunque lo combata. Así se salva algo fundamental: la continuidad. Si a cada generación le toca por necesidad destruir y sepultar una parte física y espiritual de la vida de la ciudad, no menos imperiosa es la obligación de guardar o conservar cierta porción de lo que ante sus ojos está desapareciendo. Siempre hay cosas que vale la pena salvar al hacer nuestro último balance. La generación siguiente nos lo agradecerá y, llegado su turno, sentirá a su vez el imperativo que nos impulsó a actuar y que se llama tradición.

Afortunadamente en ningún tiempo escasearon los porteños nostálgicos que sin más brújula que sus sentidos, ni más herramientas que su sensibilidad se lanzaron en aventura casi arqueológica al rescate de esa parcela que va quedando oculta, que va desapareciendo y que una oscura intuición les dice que deben conservar. Como en toda aventura verdadera, en esta peregrinación porteña, en este interrogativo ambular por calles y barrios a la caza de esa volátil mariposa que es el alma de la ciudad, en la vanguardia aquí también hallamos a los poetas. ¿A quién sino a ellos habría de inquietar la significación y el destino del lugar donde nacieron y donde viven? También están los siempre sabrosos cronistas, curiosos y atentos observadores de la realidad que vivieron, contándonos mucho más de lo que ellos mismos sospecharon, y los minuciosos investigadores de la "pequeña historia" de la ciudad, y los serios sociólogos, y los simples gustadores, "amantes de la ciudad", como exactamente fueron definidos.

La ciudad o, para decir mejor, limitándonos, nuestra personal imagen de la ciudad —como la de cada uno— es como un rostro que la mirada cargada de cariño va modelando lentamente. Los años y la contemplación enriquecen y acentúan esa imagen plena de matices espirituales y colores sentimentales con los que nos complacemos en adornarla y que, como un dibujo ideal (¿autorretrato?) tal vez no concluiremos nunca. Nuestros ojos al detenerse en cada rincón significativo de su área, en cada detalle que una secreta voz nos señala, lo reconocen y celebran el hallazgo que siempre tiene el curioso sabor del reencuentro. Nada de lo significativo que hallemos a nuestro paso es arbitrario o caprichoso por absurdo o insensato que parezca en sí. Porque el capricho y la arbitrariedad también tiene, si no sus leyes, sus causas, razones o sinrazones ocultas. Los gustos y las modas, ciertos apogeos y decadencias, van más que asociados, vinculados a situaciones económicas, sociales y políticas que si unas veces los rigen, auspician o sostienen, otras, simplemente, decretan su muerte. Al recoger estos fragmentos perdidos por todos los ámbitos de la ciudad como letras de un gigantesco crucigrama, estamos haciendo el relevamiento de la otra, la ciudad oculta e inasible, pero de cuya existencia tenemos innumerables señas. En estas incursiones que tienen el extraño privilegio de

BUENOS AIRES

cruzar el espacio y remontar el tiempo simultáneamente, lo sorprendente del encuentro o lo insólito de su naturaleza —producto de minuciosas búsquedas unas veces, del azar las más— aseguran para el buscador, con cada hallazgo, instantes de verdadera y rara felicidad. Con franciscana paciencia hay que caminar la ciudad, con sinceridad cordial —no ciega complicidad— hay que escrutarla. Debemos aprender a demorarnos en el momento oportuno; a gastar nuestro ocio con sabiduría y provecho. Así la iremos conociendo y comprendiendo, y ella, a su vez, empezará a darse. De a poco, pero a darse. Andar sus calles, interrogar sus muros y sus piedras con la ingenuidad y el asombro del turista pero llevando algo así como la ansiedad de un arqueólogo en acecho, es empresa que tiene no poco de aventura y aun su pizca de poesía.

Para esta aventura no se requieren más armas que la simpatía y la buena voluntad que dicen de comprensión e identificación. Las cosas dejarán entonces de ser eso, "cosas", para mostrarse como vehículos de algo invisible que les deviene de quien las tocó, usó o construyó. Nada se elabora sin un plan ni se emplea sin un fin. Y plan y fin trasuntan siempre un modo de sentir, cuando no esbozan un sueño o una ilusión. El tiempo fugitivo y el espíritu imponderable dejan su huella en las cosas, porque no pasan indemnes sobre ellas: algún jirón queda siempre prendido. Es lo que les otorga esa aura de magia o de misterio que las envuelve cuando son auténticos símbolos, verdaderos testimonios. Es lo que les da esa extraña vibración que infaliblemente nos alcanza con su flechazo. Cosas son que parece hubieran estado ahí aguardándonos en una cita concertada en un vago tiempo pasado, pasado pero inolvidable. Tal vez inoludible.



Rivadavia esquina Esmeralda, hacia el Oeste. Confitería Del Gas (1959)



Torre del Cabildo